

LÍMITES DEL LÍMITE

Prof. Dr. Ricardo Rodulfo

No es posible hablar de niños y adolescentes con docentes, padres, psicólogos, psicoanalistas sin que de inmediato comparezca el motivo del límite, a menudo teñido de una cierta nota nostálgica, como de una cosa perdida -aunque contradictoriamente no pareciera desearse lo mismo que se habría perdido-; ya no sabríamos “poner” límites, aunque lo más verosímil es que nunca hayamos poseído un tal saber. En todo caso esos invocados límites nos han “puesto” a nosotros en tales o cuales posiciones subjetivas. Lo cierto es que la palabra está largamente amenazada de banalización (para colmo, es muy favorita de los medios) y cargada de equívocos que esta exposición ambicionaría poder contribuir a despejar, para lo cual haremos un cierto recorrido que vaya balizando puntos problemáticos, un recorrido que monitoree ciertos **límites**.

Siempre en estos embotellamientos conceptuales escasean preguntas: ¿qué se lee al escribir “límite”? ¿y cómo limitar una noción irónicamente confusa y mal delimitada?. ¿Qué se espera y porqué se espera tanto de ella, como si se tratara de un motivo *salvador*? Comencemos.

Para ello, nos falta un balance de los principales experimentos de crianza y educación del pasado siglo. En lo esencial, por lo menos entre nosotros, consistieron, ahorcadas de una formidable psicologización de la vida y del niño y el adolescente en particular, en una devaluación de todo lo referido a esfuerzo - a “hacer las cosas aunque no se tengan ganas”-, una búsqueda activa de la desaparición del miedo como parte del *existenciario* humano que a veces llegó al extremo de atacar la capacidad ficcional de la infancia (profusión de arte para niños con eliminación de conflictos y finales edulcorados: por ejemplo me tocó leer un Lobo Feroz que lo que quería era comerse todas las tortas de la abuelita...), discursos sino prácticas pacifistas y una concepción ambientalista de la violencia –siendo ésta siempre la pareja de la cuestión del límite- que sin hacerse mayores problemas asimila Winnicott a Rousseau, niño esencialmente bueno, sociedad mala que lo echa a perder haciendo de él un ser violento que no respeta nada....

No parece haberse tomado mayor conciencia que entre los principales resultados de esas políticas hay que hacer constar un incontenible aumento de la violencia en la escuela: el

bulling, el que ahora son maestras y profesores quienes van con miedo de sufrir castigo corporal en las escuelas, con alumnos que asisten armados y no trepidan en amenazar. Si todo lo que se pretendía hubiese sido una inversión de la problemática podríamos darnos por satisfechos, pero sabemos, claro, que no es así. A esto le podemos agregar prepúberes que insultan brutalmente a sus madres, cuando no les pegan...y hasta bastante más pequeños que se embarcan en verdaderos desafíos que suelen paralizar a sus padres y a las maestras jardineras. Obviamente, la llegada de la adolescencia multiplica exponencialmente estas tendencias y estas conductas. Sin saber “para qué lado agarrar” los progenitores recurren al soborno o al chantaje culpabilizante o a otros *palos de ciego*, como despojar al hijo de los medios para crecer: retiro de la computadora, prohibición de salidas con amigos, etc.

Un primer **acto** clínico-teórico debería ser entonces repudiar el neo-rousseauismo y, ya que Freud terminó con la fábula de los chicos asexuados, terminar con la no menos nociva del niño víctima del ambiente violento. Para esto sería útil usar de los aportes de la biología, que nos hace saber que el *homo sapiens* no cuenta con regulador alguno en lo que a violencia se refiere y sumarlos a los hallazgos clínicos del psicoanálisis, los cuales nos muestran que el potencial de violencia e incluso de crueldad sádica puede ser muy elevado en él. Niño común y corriente, sin hablar de la relativa frecuencia de complicaciones patológicas especiales. Y todo esto sin introducir ninguna malformación especial en el medio, salvo la frecuencia con que el niño está expuesto a una desmentida hipócrita de su violencia tanto como la de los otros. Dejo aparte por supuesto los bien numerosos casos de violencia ambiental, insistiendo en el error de hacer de ella una causa regular invariable. Las cosas son mucho más complejas y enigmáticas y de bien poco sirven los sueños de crianzas ideales. Era lo que Winnicott llamaba *sentimentalismo*: una concepción de la subjetividad que elimina el factor tradicionalmente llamado de la agresión.

Por supuesto que no se trata de reinventar un engañoso “buen orden” perdido que, ni sería deseable políticamente ni existió nunca en verdad. Todo ese tipo de ensueños profundamente reaccionarios en torno al motivo del **padre**. Y por supuesto que no se deben confundir las **condiciones** biológicas a que aludimos, la inexistencia de un gen que se las arreglara para **limitar** la violencia, con causas; hace mucho ya que o renunciamos o deberíamos haber renunciado a encontrar las causas. Con ese paso dejamos también el marco del psicoanálisis tradicional. Y dejamos constatado el hecho de que el primate que somos se evidencia como depredador y ladrón (con total independencia de su estatuto social y “necesidades básicas”) y a la luz de todo esto rescatamos la pregunta y la

preocupación de Freud por lo que podía llegar a suceder si el por él tan deseado debilitamiento de la religión hacía a su vez declinar el temor a Dios y sus castigos como freno social, vale decir con qué reemplazarlo para el funcionamiento de cierto límite. No era una pregunta superflua, tiene plena actualidad más allá de lo religioso: ¿con qué reemplazar en el niño el miedo al adulto - miedo polimorfo que tiene expresiones tan importantes como lo que aquel llama “miedo a la pérdida de amor”- como elemento de límite. Cuando hoy celebramos el creciente retroceso de ese miedo que, además, ya no es un valor social nos olvidamos de una buena mitad del asunto y de que no estamos frente a un regalo sino a todo un espinoso problema que de no encararse corremos el riesgo nos haga perder el terreno ganado en lo que hace a una democratización en profundidad de la existencia. No se puede quitar el miedo y no colocar nada que se haga cargo de lo que él mal o bien hacía. Y quizás no sea una buena idea ejemplificar el miedo con lo que provoca un terrorismo de Estado, haciendo desaparecer toda clase de matices y gradaciones. Para decirlo en términos de Winnicott, niño y adolescente experimentan intensamente la **necesidad de oposición**. Y ésta no se deja sustituir satisfactoriamente por una “comprensión” sentimental propia de un “amor” más reactivo que auténtico.

Es interesante para evaluar la enorme confusión imperante que todo este tejido aporético se combine dislocadamente con la supervivencia de nociones pasivas de la niñez que culminan en el motivo, repetido hasta el cansancio, de “poner” límites; el límite como algo que el grande le pone al chico. Aquellos que hoy sostenemos el paradigma activo-activo como el más adecuado ya desde la pareja madre on bebé para pensar la trama intersubjetiva no podemos aceptar aquella formulación, que le deja al más pequeño la opción rebeldía o sumisión sin integrarlo para participar y trabajar activamente en la delimitación de límites. Tampoco sirve de mucho decir a continuación que el niño lo “busca”, ya que esto se limita a suponer que el niño busca que el adulto le dé algo ya formateado sin aporte alguno de él. A partir de esto es inútil la renovada discusión sobre quien los pone mejor y cómo; no hay salida alguna por esa vía.

Por muy pequeño que sea, un bebé cuenta con un recurso propio cuando ya no desea conectarse o cuando, interesado en otras cosas, rehuye una solicitud: desviar la cabeza desviando así la mirada.

Por su parte, el adolescente multiplica procedimientos de no-relación: silencios, encierro, manifestaciones explícitas de “no se metan en mi vida”.

Ambos nos ofrecen *figuras del límite* que complejizan al par que deshacen gastados clichés. La generación del límite no tiene dueños ni es propiedad del padre, así fuere como función pretendidamente desencarnada. Circula entre y emana de los más diversos encuentros, nunca de una ausencia de ellos. No sería un mal ejercicio practicar durante un tiempo la inversión y dedicarse a inventariar los límites que los chicos le ponen a los grandes, pero no a consecuencia de un déficit de estos últimos, sencillamente porque el límite trabaja descentralizadamente y a pura coyuntura; mirándolo bien, es un acontecimiento, la más de las veces un microacontecimiento y suele carecer de toda estabilidad, precario y titilante. Ahora bien, es de lo más regular que niño y adolescente se quieran desligar de toda responsabilidad acerca del límite y le endosen el problema a padres y maestros. Se entiende, es más cómodo ahorra angustias, mantiene una dependencia *parasitaria*. Pero no habría porqué entrar en esa demanda ingenuamente. Una actitud subjetiva verdaderamente democrática se forma desde muy temprano, pero no es ninguna fiesta maníaca, a su manera requiere tanta disciplina como las actividades que solemos considerar como su paradigma.

La figura misma del límite se resiente además de imágenes estereotipadas, la del muro, la de la raya, la del corte. En general, estas imágenes vienen envasadas en concepciones psicoanalíticas no sólo envejecidas por decimonónicas sino contrabandeando motivos metafísicos aún más antiguos pero siempre propensos a reencarnarse. Particularmente la idea de límite como una barrera que no deja pasar, corte absoluto. Aquí es útil emprender una revisión.

Pero cuando queremos pasar, buscamos alguna frontera. Límite designa aquello que precisamente deja pasar pero no cualquier cosa ni de cualquier manera, sin prescribir condiciones. **No se limita a la negación del no.** Añade algo más. Por ejemplo, identifica los intercambios y sus componentes. Por ejemplo, orienta, direcciona. Y, por ejemplo, temporaliza, como cuando digo donde puedo alcanzar hasta cuándo.

Lo perjudica también el acendrado binarismo que sigue prevaleciendo en nuestras cabezas, las profesionales y las corrientes. Pudo ser acaso cosa de otros tiempos; el nuestro es ambiguo, tiempo de fusiones y no de purezas, donde **todos** los pares opositivos han caído en decadencia. Todos. También el que opone el grande al chico. Por lo tanto, debemos reconstruirlos en redes diferenciales no opositivas, en lugar de la pereza de pensar que si no hay oposición no hay diferencia.

El límite no es un corte, es un cosido, un entramado. También se puede decir que el corte, que tanto obsesiona a los psicoanalistas sin que por eso hayan avanzado mucho en cómo pensarlo, es ese cosido, ese entramado. Tal cual el corte con el que el enólogo empalma dos o más cepas. Es caer en una trampa tendida por la fuerza imaginaria de la imagen creer que cortar es la esencia del corte, lo más importante que éste hace cuando en verdad se trata de una operación cuya finalidad es una reunión diferente, como cuando Piazzolla corta el tango clásico con procedimientos de escritura barroca y armonías prokofievianas.

¿Qué **hace** el límite? Es la pregunta más apropiada para desmarcarse de la tradición metafísica que siempre lo organiza binariamente y por eso nunca ha podido pensar que el límite incluya una intuición de su propio límite, de la necesaria borradura y suspensión de su propio funcionamiento. Los límites tienen sus propios límites. En primer lugar están destinados a trabajar sobre lo indomable del **dominio** como motivo capital de la relacionalidad humana. Limitarlo ya es transformarlo aunque no nos baste con eso. Toda violencia apunta a cierto dominio, pero eso no quiere decir que sea un ideal benéfico el de eliminar toda violencia, lo cual generaría un empobrecimiento lindante con nuestra desaparición en tanto especie singularmente creativa al par que inéditamente peligrosa. En este punto, el límite debe poder jugar con violencia y dominio sin detenerse en inútiles especulaciones sobre el origen que sólo nos procuran visiones simplificadas que hipostasian alguna causa, sea ésta la pobreza, la familia, alguna misteriosa pulsión a la que jamás le veremos la cara. Cuando jugamos el mitema del origen se volatiliza y lo que cuenta es lo que hacemos. Sin juego no hay límite y de hecho para el niño no hay mejor ingreso al límite que a través del jugar, por eso lo **practica** en tantos juegos que le están dedicados. Lo único creativo que podemos hacer con la violencia es jugarla, lo cual ahorra todo lo posible reprimirla, operación ésta por su parte no eliminable pero de *limitada* eficacia. Al mismo tiempo no se puede olvidar que el jugar acostumbra jugar con el límite, sea por la vía de excederlo, vía de la transgresión, o bien -de una manera más intrincada y sutil- **corriendo** el límite mismo para rehacer su emplazamiento, operación ésta en que los padres suelen retrasarse aunque toleren mejor la desobediencia ocasional.

Otro problema se desprende del hecho de que muy a menudo ignoramos **qué es lo que funciona como límite** a la vez que creemos demasiado que funciona en tanto tal alguna medida formal disfrazada convencionalmente de límite. Lo que exige toda una búsqueda clínica a fin de determinar qué sirve de borde contenedor a un sujeto dado, búsqueda que también interpela a las instituciones educativas. Entonces

bien puede llegar a pasar que gritar, sancionar, amenazar, no hagan límite. Pero esto no avala políticas psicologistas y sensibleras que tampoco dan para mucho.

Y además ¿cuánto dura un límite?; aún el mejor, padece de provisoriedad, lo que se acentúa en nuestro campo, el de los años tempranos. Y nuestra móvil e inestable época bate récordes en este sentido.

Pero ¿no es éste uno de sus buenos signos?. Ayer nomás queríamos límites para siempre.
